

1 CONTABILIDAD, 8:00 h

Por ahí viene Teresa, con su inconfundible contoneo. No mide más de metro sesenta y debe de pesar unos ochenta kilos. Es esférica.

Ha salido de la boca del metro de la plaza de Cataluña, frente al Corte Inglés, y sube por paseo de Gracia hasta Caspe.

Blusa floreada, muy liviana sin llegar a transparente, y falda negra, cilíndrica, que tiende a girarse alrededor de su abdomen y ahora se le ha puesto la cremallera delante como bragueta de caballero. Zapato plano, cómodo, porque hace años que renunció a ser esbelta. En la peluquería pidió «una cosa así como Uma Thurman en *Pulp Fiction*», y se lo hicieron, más o menos.

Se detiene en el Bracafé para tomar un cortado y un dónut y, después de consultar el reloj, sigue su camino hasta la reja metálica de la empresa donde trabaja.

Ahí la espera Martínez, el guardia de seguridad, tan amargado como siempre.

- -Buenos días.
- -Buenos días.

Al otro lado de la reja, las mesas en penumbra, y las pantallas de ordenador cubiertas con protectores de color blanco.

- -Parece que va a hacer calor, ¿eh?
- -Ya.

Teresa acciona la llave en el mecanismo de apertura y la reja

sube sin prisas, majestuosa como si este ritual fuera tan importante como la apertura de la caja fuerte.

-Bueno, es lo que toca. Hoy nos quejamos del calor, y en invierno nos quejaremos del frío.

-Ya.

Qué asco de hombre.

La segunda llave abre la puerta de cristal con pomo dorado.

Entran Teresa y Martínez. Mientras ella se sienta a su mesa, junto a la puerta distinguida con la placa que dice «Sr. Schuyler Van der Vogt» y nada más, entran Patricia y Carlos charlando a voces. Ella tan morena y él tan baboso. Ya están todos. En agosto, la mitad del personal está de vacaciones.

- -Buenos días, Teresa.
- -Buenos días.

Teresa ha quitado la funda a la pantalla. Conecta el ordenador. Teclea la clave. Mientras espera, exhala un suspiro de agobio y mira a Patricia, que continúa parloteando con Carlos como si no estuvieran todavía en horario laboral. Bosteza. Movimientos mecánicos y desganados de primera hora de la mañana.

Abre el Mozilla Thunderbird. Aparece una lista de mensajes entrantes en negrita. Borra los que son publicidad descarada. Entra en el primero, cliente conocido, y lo imprime. Entra en el segundo y lo imprime.

El tercero es de Martín Piñol. El nombre le suena. Clica encima. Se abre el mensaje:

«Tal como hablé con el director, le remito el excel con la contabilidad de mi empresa, que ya ha sido revisada por la Auditoría General, para su consideración».

Teresa hace una mueca despectiva. No entiende. Martín Piñol no le suena como cliente, pero hay tantos... Clica sobre el excel adjunto y así es como se cuela en el sistema informático de la empresa un programa intruso, lo que se llama un troyano.

Mientras Teresa frunce el ceño ante un documento elemental, lista de ingresos y gastos, porcentajes y desgravaciones, el troyano se instala en el centro del organismo y se queda ahí, agazapado, esperando órdenes.

2 CHAS. 23:45 h

La persiana enrejada está levantada a medias, de manera que, para entrar, voy a tener que agacharme. Las luces del interior están encendidas; los ordenadores, envueltos en sus fundas blancas, y, al fondo, a la izquierda, puedo divisar la puerta de Van der Vogt, abierta.

Estoy observando desde la acera de enfrente. Espero que la impaciencia haga salir al holandés de su guarida.

Consulto el reloj. Hay tiempo.

Ahí está. Como ya ha cenado, se permite llevar la corbata floja y el cuello de la camisa desabrochado. Cuando lo conocí, era alto y atlético, un imponente ejemplar de la raza aria, ojos azules, cabello al cepillo y aquella sonrisa con que nos perdonaba la vida a todos los latinos y nuestras costumbres pintorescas y bárbaras. Ahora, es un gordo desbordante, con papada de pliegues y barrigón de cerveza, de los que crean claustrofobia en los ascensores, los ojillos adormilados por el alcohol y el hastío. Por suerte, se hace los trajes a medida y así dignifica su imagen. No querría verlo en calzoncillos.

Al principio de relacionarme con él, pensé que podía pertenecer a la casta de los Todopoderosos, pero, con el tiempo, he comprobado que se conforma con ser un simple Trabajador. Ni siquiera lo que yo llamo un Trabajador Potente, aspirante a Omnipotente, que son los emprendedores, esforzados, entusiastas, con iniciativa y esperanzas, aunque sean vanas. Este es de los Trabajadores Prescindibles, que un día consiguió lo que quería y se conformó con ello, y, desde entonces, su vida se estancó para siempre. Nunca será más de lo que es ahora, y a él, patético perdedor, le parece bien. Es perfectamente sustituible por millones y millones de trabajadores que podrían hacer su tarea igual que él, si no mejor.

Me pongo en movimiento.

Cruzo la calle. Me ve. Hace una señal con la mano y se echa a reír felizmente ante mi atuendo.

Llego hasta la persiana enrejada.

-¡Hombre, caray! ¡Nadadenombres el Paranoico! -exclama, sin dejar de reír.

La llave está en el cerrojo del mecanismo de apertura, así que no tiene más que alargar el brazo e imprimirle un cuarto de vuelta para que se levante la persiana lenta como si se desperezara. Así que no tengo que agacharme para llegar a su lado. El holandés hace girar de nuevo la llave para que la reja descienda de nuevo y nos encierre.

Van der Vogt siempre me recuerda el día en que lo llevé aparte y le dije: «No quiero saber a qué os dedicáis, yo solo trataré contigo y con Lubiánov, y por separado y a solas. Y nada de nombres».

No deja de reír. Es un vividor, amante de todos los placeres, rico y desinhibido.

-Hombre, joder, ¿de qué te has disfrazado hoy? ¿Quién te persigue?

Se expresa bastante bien en castellano, pero tiene la insufrible manía de repetir muletillas coloquiales como «hombre, joder», «hombre, caray», «pero bueno», «no me jodas», «nada, hombre», para demostrar que está más que familiarizado con el idioma. Le gusta que le digan que es un nórdico muy campechano. Le encanta la palabra campechano.

-Estás más gordo -le digo.

Él camina hacia el fondo del local riéndose y dándose palmaditas en la barriga.

-Pasa, hombre, pasa a mi despacho, coño. ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

-Un error en las cuentas -le digo mientras me quito las gafas negras-. Como si alguien hubiese entrado y hubiera metido mano en mi dinero.

Nos introducimos en su despacho. Ni siquiera es un despacho pretencioso. Debe de pensar que, como no recibe en él a nadie de importancia, no necesita muebles de diseño ni cuadros de firma. No ha pensado que él pasa en ese ambiente gran parte de las horas del día, o tal vez lo ha pensado y no se considera persona importante. Síntoma de mediocridad abrumadora.

-Conecta el ordenador -le ordeno.

No ha fruncido el ceño. No se ha preocupado en absoluto. Ni una duda. Él es el nórdico campechano y yo el latino paranoico, ignorante y tocacojones. No para de reír y cabecea.

Pasa al otro lado del escritorio y ocupa su trono negro, mullido, giratorio y con ruedas. Yo también me sitúo en aquel lado de la mesa. Dejo mi maletín junto al teléfono.

Para situarse frente al ordenador, Van der Vogt hace girar la butaca y me da la espalda.

-Sírvete algo -dice-. Y sírveme algo a mí. Tengo Glemmorangie. ¿Lo conoces? ¿Te gusta?

¿Si conozco el Glemmorangie? ¿Será imbécil?

Se enciende la pantalla. Teclea la contraseña.

En otro barrio de la ciudad, en el aparato del pirata Ojotuerto Patapalo, suena un breve pitido y el icono marrón que representa a una cucaracha mueve sus patitas.

Ojotuerto Patapalo se había quedado traspuesto y, al oír el pitido, parpadea, mira el reloj para comprobar que es la hora en punto y se acerca a la mesa, bosteza ruidosamente y se pone manos a la obra.

Para entonces, yo ya he sacado de mi maletín el cuchillo que, en el catálogo, llevaba el bonito nombre de chuletero. Van der Vogt ya ha entrado en mi carpeta, clica en contabilidad y se despliega ante él un documento de excel.

Le clavo el chuletero en la nuca, donde calculo que está el cerebelo, por debajo de la curva de su cráneo dolicocéfalo. Un pinchazo seco, hasta el mango, la puntilla, un crujido, un golpe fulminante. Cae de bruces sobre el teclado y se pega un sonoro porrazo con la nariz. Queda inmóvil.

Lo tiro al suelo por el método de retirar e inclinar la butaca de ruedas. El corpachón hace un ruido estruendoso al caer de costado. Gira sobre sí mismo y, después de dar un manotazo desmañado, como de niño malcriado que obedece a regañadientes, queda panza arriba, relajado y conforme pero con los ojos dilatados por el asombro. Tiene sangre en la nariz por el cabezazo que se acaba de dar, y luego comprobaré que ha manchado las teclas.

Me arrodillo a su lado y sujeto el chuletero con la hoja hacia el meñique, como la madre asesina de *Psicosis*. En un manual de criminalística sobre el homicidio, leí una vez que nunca se apuñaló a nadie más de ochenta veces porque el brazo del asesino se fatiga antes de llegar al nonagésimo golpe. Bueno, lo voy a comprobar.

Descargo el cuchillo una, dos, tres veces, cuatro, cinco, seis, procurando repartir las incisiones entre el pecho y el abdomen, chas, treinta. Puedo ver que, en la pantalla del ordenador, cambian las imágenes a toda velocidad, como si una mano invisible estuviera efectuando en él una operación feroz y destructora. Chas, ch

Chas, chas, chas, cincuenta, y saltan jirones de ropa, botones de camisa, grumos de grasa blanca, piel, pelos, chas, chas, chas, chas, sesenta. Ahora agarro el cuchillo con las dos manos, aburrido ya y con ganas de acabar.

Chas, chas, chas.

Luego, antes de irme, con el móvil de Van der Vogt, escribiré un sms a Lubiánov.

«Destroy everything and go away».